

Obviedades ignoradas de un país en llamas.

Por Fernando Helguera

Nuestro Amigo el Perro

Ayer quedé de ver a Gabriel en el paradero del Seguro Social de Plan de Ayala, en la acera frente al bloque de edificios de la institución. Me encontraba a 10 metros del puente peatonal, ya que, después de tres llamadas en las que no logré escuchar nada de lo que me dijo, deduje que estaba en el ingreso al edificio de atención a público. Grité “Estoy a la bajada del puente” con esperanzas de que me oyera. En la espera leí los letreros de los locales, para recordarlos por si se ocupa. Esta es una práctica muy útil que tengo hace años, que me sirve para pretender que no estoy perdiendo el tiempo, pues al final nunca me acuerdo de los comercios.

Una señora muy mayor de edad y muy menor de estatura, veía desconfiada un concurso de baile en la televisión tras la vitrina. Caminando por la banqueta dentro del río de gente, se le acercó un perro callejero y bien alimentado, que la olisqueo. Ella lo alejó con la rodilla por mugroso. El perro al echarse atrás, asustó a un hombre que le dio un puntapié en las costillas, antes de seguir su camino. El perro, fastidiado, caminó y se detuvo a unos pasos del puente, al borde de la banqueta, con intenciones de cruzar la avenida. Se sentó pareciendo analizar el recorrido.

Primero bajar la banqueta, luego un carril con autos parados en zona prohibida y tres más con autos por la izquierda, después subir de un brinco al alto camellón, cruzarlo entre plantas y basura, para bajar de otro brinco al carril de alta, ahora coches por la derecha durante dos carriles, luego dos carriles más, saturados de autos que no dejan pasar. Finalmente la banqueta con muchos puestos de comida. Observó a las personas que cruzaban de ida y vuelta, y en diagonal también. Él y yo estuvimos unos minutos sin movernos de nuestros respectivos lugares, y pudimos ver a una señora con dos niños casi siendo atropellados por un pesero; escuchamos un taxi rechinar y quedando a nada del auto ante él, que se había detenido por completo para dar paso a tres chicas bonitas; nos deleitamos con dos niños cruzando en direcciones contrarias, provocando el volantazo espectacular de un hábil automovilista. Era como una plaza de toreros improvisados y sin capa, burlando toros mecánicos, al compás de una sinfonía de mentadas de madre como fondo musical.

El perro otra vez fastidiado, volteó hacia la escalera del puente a tres pasos. Alargó la nariz con extrañeza, como si el puente acabara de llegar, y después de oler se giró hacia mí (algo me quería compartir...). Levantó su trasero, caminó un poco, y comenzó el ascenso sobre la escalera que lo llevaría a la parte alta del puente desierto. Observé a un perro seguro de sí mismo, que caminó al otro extremo y bajó la segunda escalera directo a la zona de alimentos.

Me sorprendió Gabriel parado a mi lado, divertido de que no lo había visto llegar por estar mirando el puente. Sin mucho preámbulo y con ganas de irnos de ese lugar, cambiamos la información primordial, algunos documentos, y nos despedimos. Pude ver cómo se alejaba, cruzando la calle de forma que un leve titubeo lo hubiera hecho terminar debajo de las llantas, de uno de esos bólidos que le pitaban con desesperación. Cuando subió al camellón se detuvo para chiflarles. Luego se perdió entre las ramas para brincar intrépidamente al otro lado y quedar totalmente fuera de mi vista. Aún estoy con el pendiente de que haya logrado cruzar entero. Alcé los ojos y vi que por el puente regresaba el perro a sus anchas, sonriente, con una buena pieza de costilla en el hocico. Bajó la escalera y pasó a mi lado sin despedirse, como si no nos conociéramos. Las cosas estaban bastante claras, pero me surgió una duda...

¿Acaso los puentes peatonales son seres que sólo los perros, y algún privilegiado como yo, podemos ver, pero son invisibles para el resto? ¿O la gente piensa que son esculturas que adornan la ciudad? Estoy seguro de que nuestro amigo el perro, eso se preguntaba cuando me volteó a ver.

+ + +

obviedadesignoradas@gmail.com